

La participación social y su dimensión educativa en las personas mayores

Sylvia Martínez de Miguel López

*Becaria de Investigación de la Fundación Séneca
Universidad de Murcia*

Resumen

El propósito de este artículo es poner de manifiesto la necesidad de profundizar y reflexionar sobre cuestiones relacionadas con las personas mayores más allá de las consideradas tradicionalmente: salud y pensiones. Por ello, pone de relieve aspectos fundamentales como la importancia de la participación social y su relación con la dimensión educativa. Dentro de esta dimensión consideramos a la Animación Sociocultural como instrumento esencial para alcanzar esta participación social del colectivo. Una Animación Sociocultural alejada de postulados tecnológicos y afincada en posiciones sociocríticas.

Palabras clave: Personas Mayores, Educación Social, Participación y Animación Sociocultural.

Abstract

This article pretends to express the necessity of studying in depth and reflecting about subjects concerned to old people beyond the most primary ones. These are the social participation and its relation with the educational dimension.

In this dimension, we consider the sociocultural animation as a main instrument to get the social participation in old people. Such a sociocultural animation is moved from technological assumptions placed in sociocriticism positions.

Key words: Old People, Social Education, Participation and Sociocultural Animation

Introducción

Generalmente, las atenciones dirigidas a las personas mayores, han estado centradas en aspectos relacionados con sus necesidades primarias o más vitales (pensiones, servicios sanitarios y sociales). Pero, (¿por qué no?) Creemos que ya es hora de ir abordando y profundizando en torno a otras cuestiones que tienen también su significación en el colectivo de las personas mayores y que con el paso de los años se van a acentuar con mayor importancia. Si bien es cierto que los aspectos anteriores todavía no están plenamente solucionados y son considerados con gran relevancia por parte de las personas mayores, también podemos decir que al mismo tiempo, aunque sea de

manera tímida, están cuestionándose otro tipo de necesidades. ¿Por qué los mayores no pueden seguir educándose? ¿Por qué las personas mayores no pueden contribuir a su comunidad? ¿Qué dificultades encuentran para seguir considerándose personas activas y productivas a nivel social? ¿Qué diferencias hay entre las mujeres y los hombres del colectivo de personas mayores en torno a estos aspectos? Estas y otras cuestiones van a ser objeto de consideración en este artículo. Nuestro propósito, simplemente, es tratar de poner de manifiesto cómo está el panorama español con relación a los aspectos educativo-culturales y de la participación social de las personas mayores.

Las perspectivas actuales sobre el envejecimiento difieren entre la persona mayor y el joven. Frecuentemente, la imagen de las personas mayores es predominantemente negativa. La razón por la que el estereotipo negativo persiste se encuentra en la menor función y compromiso social. Las labores que desempeñan en esta etapa de la vida, por ejemplo en la familia, en el trabajo de voluntariado social, en alguna otra representación honorífica, presentan un bajo estatus (según estudios realizados en Alemania), y difícilmente consiguen algún reconocimiento, a pesar del hecho que es de vital importancia para la sociedad. Así, el etiquetado de vejez como “sin sentido” está intrínsecamente relacionado con el fenómeno de desprenderse socialmente de la participación social valorada (Brunhilde, 1996).

De la misma manera, durante mucho tiempo se ha reflejado en la sociedad española la inexistencia de aportaciones que pudieran hacer las personas mayores

cuando realmente, aunque no haya sido constatado por muchas personas, este colectivo se transforma en esta etapa de su vida en recurso primordial en la dinámica doméstica y familiar de las generaciones más jóvenes.

De todas formas, y para tratar de evitar estas consideraciones, desde hace unos años la literatura procedente del campo de la Pedagogía Social está exponiendo necesidades diferentes a las tradicionales como nuevos espacios en los que trabajar con los mayores. Muestra de ello podemos encontrarla, por ejemplo, en Carmen Orte y Martí March (1995: 58-59) que reclamaban la inclusión de objetivos en los diferentes planes gerontológicos regionales que hicieran referencia a la integración de actuaciones globalizadas de programas sociales y educativos de forma coherente, destacando la necesidad de facilitar el acceso de las personas mayores a cursos de formación y educación, proponer medidas para la cualificación de los servicios y programas dirigidos a las personas mayores, facilitar la utilización positiva del ocio y del tiempo libre, posibilitar la gestión democrática de los centros y residencias para las personas mayores, crear cauces para la participación comunitaria de las personas mayores, garantizar la cobertura económica de los programas dirigidos a las personas mayores. O como expone el profesor Malagón (1995: 79), que reclama la necesidad de una intervención socioeducativa del educador social con las personas mayores basada en el descubrimiento de las necesidades latentes en materia cultural, formativa y

recreativa, así como de la formación de grupos que posean los mismos intereses y necesidades, y además, implicándolos en actividades con su entorno comunitario. La mayor parte de estos aspectos que reclamaban a mitad de los noventa estos autores hemos de decir, en favor de las políticas sociales, que al menos están reflejados a nivel teórico y en un proceso de desarrollo; pero, todavía queda mucho camino que recorrer. Por ello, desde nuestra competencia profesional debemos continuar demandando todo este tipo de situaciones con el fin de posibilitar a las personas mayores que alcen sus voces a la sociedad para decir que ellos también forman parte de ésta y que tienen sus propios intereses, necesidades educativas y de participación social activa como cualquier otro grupo de edad (Martínez de Miguel, 1998: 304).

Para conseguir dar el paso de un Estado de Bienestar a una Sociedad de Bienestar en la que se dé el compromiso de todos, es imprescindible que los grupos sociales, en los que han de estar incluidas las personas mayores, tengan la posibilidad de obtener una capacidad para la acción y para la autoorganización. Con todo ello, es imprescindible el compromiso de estos grupos en la definición de sus intereses así como en la planificación de proyectos de autoayuda y asociativos que colaboraran, codo con codo, con el medio familiar y el institucional para la provisión de servicios (IMSERSO, 1996: 49); teniendo en cuenta que estos grupos sociales son realmente los protagonistas de las acciones relegando para la Administración el papel de financiadora y difuso-

ra de las experiencias que sirvieran de ejemplo para otros contextos.

Asimismo, concretamente, en el Plan Gerontológico español se pone de manifiesto la necesidad de fomentar en los mayores su participación activa en la sociedad así como en los distintos niveles de las administraciones públicas. Pero, ¿qué ocurre con nuestros mayores? Pues que generalmente la participación no se corresponde realmente con un asociacionismo activo. Suele suceder que, las personas mayores se asocian de manera instrumental y con un interés individual. Y, todo ello, posiblemente venga causado por su bagaje cultural marcado por niveles formativos inferiores y una escasa o nula trayectoria asociativa en el pasado (Rodríguez, 1997: 13-14). Como vemos, debemos tener en cuenta, que en muchas ocasiones nos vamos a enfrentar a una realidad en la que los mayores no participan socialmente de forma espontánea, son reacios a la participación, por lo que es absolutamente necesario el planteamiento de intervenciones que se dirijan a propiciar esa participación (IMSERSO, 1996: 39).

No obstante, es importante reflejar la creación de algunas asociaciones de mayores que están realizando una labor fundamental, de manera voluntaria, en el asesoramiento a jóvenes como es el caso de la conocida SECOT y diferentes variaciones en las distintas zonas de la geografía española que llevan a cabo tareas de información y/o de asesoramiento empresarial. Por lo que podemos auspiciar un panorama asociativo que no va a llegar a ser tan negro como se suele considerar en relación a las inquietudes del colectivo de personas mayores.

1. Una pequeña aproximación a la participación social de las personas mayores

A la hora de abordar el estudio acerca de las personas mayores debemos pasar página a teorías o enfoques obsoletos procedentes de campos biologicistas, funcionalistas o incluso economicistas, abogando por un enfoque que muestra la realidad cuando se trabaja con seres humanos. De acuerdo con Gregorio Rodríguez (1997: 22-23) es importante tener en cuenta un enfoque sociohistórico a la hora de abordar una investigación relacionada con las personas mayores. Éstas, como cualquier grupo humano, constituyen un colectivo heterogéneo que no puede aislarse de las estructuras y los procesos sociales. La vejez es una construcción social y, como tal, existen diferentes formas de envejecer dependiendo de las características y experiencias de cada persona mayor, así como de la estructura social y mediatización de la práctica de las políticas e instituciones sociales.

De esta manera, el autor considera que para poder llegar a comprender la falta de asociacionismo en la participación activa de los mayores es necesario tener en cuenta una doble exigencia tanto teórica como metodológica y así lo expone de manera clara:

- Teóricamente, sólo mediante enfoques sociohistóricos podemos tratar el marco explicativo de una experiencia social en la que complejos procesos sociales han construido una generación de mayores políticamente inhibida y culturalmente lastrada que limita su capacidad participativa y asociativa.

- Metodológicamente, la comprensión de esta compleja construcción histórica sólo puede ser abordada a través de vías cualitativas que permitan captar los mapas ideológicos, contradicciones y fracturas del desarrollo social participativo de nuestros mayores (p.15)".

De ahí que consideramos la importancia de la metodología cualitativa de cara a una investigación que produzca conocimiento significativo de las personas mayores, y, no sólo para abordar su situación de participación activa en la sociedad sino de todas sus necesidades, intereses, inquietudes, expectativas... ¿De qué mejor manera es posible llegar a captar realmente qué sucede con nuestros mayores que no sea la de a través de las propias voces de los protagonistas que aportan su trayectoria y experiencia vivida?

Partiendo de esta concepción interactiva, se puede resaltar la importancia de los protagonistas como portadores de sus propios conocimientos y experiencias de aprendizaje en estrecha colaboración con el educador. Por ello, Sáez (1997: 75) resalta el carácter de autoterapia que puede tener el sentimiento de las personas mayores de estar considerados útiles y miembros de una colectividad, logrando la satisfacción personal. Por tanto, consideramos que las personas mayores no pueden quedar enclaustradas en una formación y participación en su círculo concreto, por el contrario deben abrirse a todo el panorama social.

Haciendo un análisis de la participación y tipología de ésta, con referencia al colectivo de personas mayores, pode-

mos observar diferentes encuestas traídas a colación por Gregorio Rodríguez (1997: 33) en su investigación llevada a cabo con respecto a la participación social de los mayores. Según dichos estudios, las personas mayores participan en primer lugar, o como núcleo mayor de participación, con el mantenimiento de las relaciones con las personas más próximas a su entorno (familiares, amigos...). En segundo lugar, participan a través de la práctica del ocio mediante actividades fundamentalmente sedentarias (como por ejemplo, ver la televisión o escuchar la radio y en menor medida la lectura). También, podemos observar cómo la asistencia a hogares o centros de día está paulatinamente aumentando, aunque con respecto al uso de ellos existen marcadas diferencias de género. Si bien, la utilización del centro de día en el caso masculino, sea por excelencia la actividad recreativa (dominó, cartas...) en cambio, hemos podido observar cómo la mujer aprovecha este tipo de centros como ocasión para mejorar sus conocimientos de índole educativo-cultural, al mismo tiempo que se favorece su socialización, implicándose en todas las actividades culturales propuestas en los diversos centros (por ejemplo, pintura, gerontogimnasia, alfabetización, manualidades...). En tercer lugar, las personas mayores también participan a través de la ayuda económica a los hijos y el cuidado de los nietos y las tareas domésticas, facilitando el acceso laboral de la mujer. En cambio, en cuarto lugar observamos que, con respecto a la participación en entidades sociales o asociativas, los porcentajes son muy pequeños, ni siquiera superan el 15% de las personas

mayores. De mayor a menor porcentaje destacaremos el 13% se implica en organizaciones religiosas o parroquiales, el 10% en asociaciones de vecinos o culturales y el 1% en partidos políticos u organizaciones voluntarias. En los diversos estudios se destaca que el escaso nivel de asociacionismo viene marcado por la formación cultural de la persona: a mayor nivel cultural mayor es el índice de asociación.

Según García y Sánchez (1998: 108-109), el movimiento asociativo está iniciado en España pero todavía no dispone de la fuerza social suficiente para su reconocimiento. Aun así, se observa cómo este colectivo está ya representado en los sindicatos españoles, así como la puesta de manifiesto de sus deseos de asociarse a partir de 1995 con la creación del Consejo Estatal de las Personas Mayores en 1994 como un órgano que facilite la participación en el desarrollo de las políticas de bienestar social. Asimismo, exponemos que entre las entidades de mayores existentes en España podríamos resaltar algunas tales como la Unión Democrática de Pensionistas, la Confederación Española de Aulas de Tercera Edad, Los Seniors Españoles para la Cooperación Técnica, la Confederación de Federaciones y Asociaciones de Viudas Hispania... y podríamos seguir citando más.

Pero, como expresábamos con anterioridad, los porcentajes en este sentido no son representativos. Por ello, y teniendo en cuenta el trabajo de investigación de Gregorio Rodríguez (1997: 47-49) a través de grupos de discusión formados por personas mayores, podemos observar las causas que se consideran que dan lugar al bajo nivel de asociacionismo de

los mayores en nuestra sociedad actual. Podríamos resumirlas fundamentalmente en tres causas:

- a) Debido a la cultura política tradicional o resistencias políticas. (Viene marcado por el régimen de dictadura que impide cualquier tipo de asociación hasta 1966 con la creación de la Ley de Asociaciones).
- b) Debido al tardío proceso de modernización o resistencias socioeconómicas, poniendo freno al desarrollo social que podría desvelar intereses particulares.
- c) Debido a un tardío proceso educativo y/o ideológico-cultural que constriñe la posibilidad de tener presente una conciencia colectiva asociativa.

Además, existen una serie de condiciones o factores que influyen en la intención de asociacionismo por parte de las personas mayores. Estas condiciones hacen referencia a la necesidad de poseer un adecuado estado físico-psíquico; un nivel económico medio; unas interacciones sociales que eviten la tendencia al aislamiento por parte de la persona mayor así como un nivel educativo-cultural básico que posibilite el aumento de conocimientos de las personas mayores.

Cuando hablamos de la adaptación al cambio de la persona mayor, éste tiene muchas más repercusiones en el colectivo de las personas mayores ya que ha tenido que asimilar las grandes transformaciones de la sociedad. Un colectivo que ha tenido que adaptarse en un primer momento a la era de la industrialización y posteriormente a la sociedad informática, necesitando para ello disponer de una capacidad adaptativa a la constante innovación cuando, en realidad, el 88% de las personas mayores de nuestra sociedad

actual carece de estudios o únicamente poseen estudios primarios. Además, la llegada de la jubilación les conduce a una distorsión de roles y espacios entre hombres y mujeres, ya que el hombre jubilado se introduce en la dinámica doméstica afectando a la situación tradicional de la mujer que ve como se invade el espacio ocupado por ella durante tantos años (IMSERSO, 1996: 28-35). Este es otro de los factores a tener en cuenta en los planteamientos que promuevan la participación social del total del colectivo de personas mayores.

Si observamos los porcentajes de población mayor nos damos cuenta que en personas de 60/65 años el mayor porcentaje lo ocupa la mujer con un 58% frente a la población mayor de género masculino, porcentaje que se diferencia todavía más conforme aumenta la edad de la persona mayor (IMSERSO, 1996: 30). Esta feminización de la vejez nos ha de hacer reflexionar acerca de la realidad del colectivo de mujeres mayores con el fin de poder facilitar respuestas a las necesidades que en muchos aspectos son diferentes a las del colectivo masculino debido a sus trayectorias personales. La mujer mayor de hoy sufre de mayores carencias si cabe que el hombre ya que, fundamentalmente, la única salida que ha tenido es la del hogar. Ésta no ha dispuesto ni de las "*oportunidades educativas y formativas que hubiera deseado, ni experiencia asociativa, ni posibilidad de realizarse y socializarse adecuadamente*" (Rodríguez, 1997: 83). Sin embargo, Brunhilde (1996) considera que las mujeres mayores, aún más aquellas sin ventajas de clase social, pueden mostrar una perspectiva que sea abierta de mente,

sensible y demostrar una aptitud para las relaciones interpersonales

Con todo, si bien el hecho del cambio de rol en la mujer ha de tenerse en cuenta como factor significativo en torno su integración y participación en las sociedad, en definitiva, todas las personas mayores, y conforme se ha ido mejorando la calidad de vida de éstas con mayor razón, no pueden ser obviadas ni olvidadas cuando realmente están capacitadas para integrarse en acciones e intervenciones educativas, culturales y participativas (Martínez de Miguel, 1998: 303).

Por otra parte, podríamos establecer una diferenciación entre un asociacionismo interesado o promocionista y otro, denominado altruista. Para Gregorio Rodríguez (1997: 72-81) el asociacionismo promocionista sería de tres tipos: asociacionismo reivindicativo (sindical o empresarial) en el que los mayores reclamarían sus derechos y se defenderían de políticas sociales contraproducentes para ellos; el asociacionismo educativo a través de las Aulas de la Tercera Edad, Universitarias o de Difusión Cultural como oportunidad de aprendizaje; y el asociacionismo cultural referido a la influencia y experiencia de su bagaje cultural (memoria histórica) en encuentros intergeneracionales o generacionales. En cambio el asociacionismo altruista vendría marcado por tener la finalidad de constituir un servicio a la sociedad. Este tipo de asociacionismo podría estructurarse en tres niveles. En primer lugar, hablaríamos del asociacionismo mutualista para referirnos a aquel que desarrolla un compromiso de autoayuda general y concretamente de sus socios más necesitados

aunque abra sus puertas a la sociedad por medio del voluntariado cultural e intergeneracional. Este tipo de asociacionismo está generalmente formado por jubilados con titulaciones superiores. En segundo lugar, hablaríamos de asociacionismo solidario que se centra a favor de un proyecto colectivo de bienestar general (representado fundamentalmente por Cáritas); y en tercer lugar el asociacionismo sociopolítico a través de la creación de una sociedad cívica fomentando valores de solidaridad, grupalidad, etc., al mismo tiempo que se reclama la necesidad de concebir a los mayores como ciudadanos útiles y competentes para participar en la sociedad.

Como hemos ido señalando con anterioridad, la participación social de las personas mayores entronca directamente con la falta de formación educativo-cultural. Pero, también hay que señalar que aunque, pausadamente, está teniendo lugar un cambio en los planteamientos de las políticas sociales que empiezan a favorecer el nacimiento de propuestas culturales dirigidas a las personas mayores. De hecho, podemos apreciar cómo en los hogares y centros de día tienen lugar actividades, cursillos, conferencias. Se están impartiendo, además, cursos de preparación para la jubilación en otros espacios, cursos que relacionan la necesidad de una formación personal con la educación, o incluso se están implantando con mucha fuerza las aulas universitarias de mayores con el propósito de aumentar la formación educativa de las personas mayores. Teniendo en cuenta todos estos aspectos, creemos que aquellos facilitarán asimilar la información necesaria para dar importancia al

asociacionismo como forma de reivindicación colectiva de sus derechos, intereses y necesidades.

Cada vez más encontramos personas mayores de 60/65 años, desvinculadas de su situación sociolaboral pero poseyendo unas condiciones biológicas, psicológicas y sociológicas competentes. Por ello, es urgente que nos pongamos a trabajar con celeridad para dar respuestas a las necesidades de autorealización personal y de aprovechar las potencialidades que presentan este colectivo de personas mayores. Por ejemplo, llevar a cabo acciones de voluntariado es una actividad muy importante en las personas mayores, tanto como para el que es beneficiario de ellas como para el que las ejercita. Como beneficiarios, es una iniciativa que cada vez más se está consolidando incluso en la que están como voluntarios las propias personas mayores atendiendo a personas mayores dependientes (IMSERSO, 1996: 30-38). Y, también, podemos observar en nuestras sociedades el número de mayores que se va implicando en actividades de voluntariado es, paulatinamente, cada vez mayor ya que es una de las maneras más idóneas para sentirse ciudadanos útiles para su comunidad.

De acuerdo con la investigación a la que nos hemos estado refiriendo, podríamos establecer tres tipos de voluntariado que ejercen las personas mayores. Un voluntariado cultural, asistencial y social e intergeneracional. El voluntariado cultural ejercido en la actualidad por personas mayores con una formación, iría dirigido a dar respuestas a las necesidades educativas y culturales que sufren muchos de nuestros mayores; el asistencial estriba en una ayuda humanitaria para los más

necesitados a través de entidades (Cáritas, Cruz Roja) o de manera individual. Por último, el voluntariado social e intergeneracional consistiría, en que desde los centros de mayores se prestan servicios a la comunidad y a la sociedad en general favoreciendo la creación de vínculos intergeneracionales en la transmisión cultural (ejemplos de ello pueden ser el encargarse del tráfico en las salidas de las escuelas o dar charlas informativas en los institutos sobre las profesiones como una elemento de orientación laboral).

Ahora bien, un aspecto que tiene que quedar claro es que el ejercicio del voluntariado no puede traducirse en una alternativa a las políticas sociales de bienestar. Por el contrario esta práctica social necesita como requisito imprescindible el mantenimiento de estas políticas así como de la introducción de intervenciones procedentes del ámbito privado. De esta manera, el voluntariado podrá transformarse en un espacio que posibilite el paso de una sociedad asistida a una sociedad activa en la que desde todas las alternativas manifestadas se vaya en la búsqueda de una intervención conjunta de solidaridad (García Roca, 1987).

A modo de síntesis, queremos expresar que el desarrollo de un asociacionismo y participación activa de los mayores en nuestra sociedad va a depender de (García, y Sánchez, 1998; Rodríguez, 1997: 178):

- La incorporación y rejuvenecimiento del colectivo de personas mayores con colectivos de prejubilados.
- La mejora del nivel cultural.
- La adaptación de los valores comunitarios a nuestra sociedad de consumo individualista.

- El mantenimiento del Estado de Bienestar.

Con todo ello, y en relación con la cuestión de la participación social de nuestro mayores, hemos de manifestar que ésta está íntimamente relacionada con una carencia educativa.

2. Educación social, participación y personas mayores

Como hemos ido reflejando en todo momento a lo largo de este artículo, la dimensión educativa es un factor esencial de referencia para la promoción de la participación de las personas mayores en nuestra sociedad.

El hecho de enfatizar la participación no es algo actual, sino que viene demandado por referentes legislativos desde hace dos décadas. Como es de todos conocido, y continuo referente político en los distintos planes gerontológicos de cada país, la Asamblea Mundial de las Naciones Unidas de 1982, puso de manifiesto los derechos fundamentales de las personas mayores concretándose en:

- a) Independencia y elección libre de su entorno.
- b) Participación y posibilidad de asociarse.
- c) Acceso a los Servicios Sociales.
- d) Cuidados y bienestar.
- e) Dignidad que toda persona mayor debe tener por parte de la sociedad.

Pues bien, para la consecución de la mayoría de estos principios, aunque en el caso que nos ocupa el que nos compete es el de la participación, una intervención socioeducativa se convierte en elemento esencial.

Cuando se piensa en una educación con las personas mayores se está buscando que éstas tengan la posibilidad de estimular y dinamizar sus intereses culturales al mismo tiempo que se logre la integración sociopersonal y el compromiso social para evitar el tradicional aislamiento y marginación a los que se ven sometidas las propias personas mayores (Sáez, 1998). Es decir, no estamos hablando de una educación reglada, rígida, propia de generaciones más jóvenes en la que los intereses, necesidades y expectativas son totalmente diferentes a las del colectivo de personas mayores. De ahí, que debamos encaminarnos en la búsqueda de procesos y/o actuaciones educativas diferentes que den respuestas adecuadas a los intereses, necesidades y expectativas de otro grupo social que lo que busca no es un puesto de trabajo sino un modo de autorrealización personal y social. Por ello, la propia Educación Social concebida desde una perspectiva alejada de lo puramente instrumental y científico-técnico; una Educación Social enmarcada dentro de modelos interpretativos y sociocríticos, puede ofrecer alternativas que vayan en la búsqueda de respuestas adecuadas y contextualizadas.

Las propias metas o propósitos que pretende la Educación Social entroncan directamente con aquellas a alcanzar con las personas mayores (Petrus, 1993):

- Potenciar los recursos personales de las personas mayores sean cuales sean sus situaciones sociales.
- Facilitar el uso y desarrollo de los recursos comunitarios.
- Conectar a las personas mayores con esos recursos.
- Propiciar la relación interpersonal de

las personas mayores a nivel inter e intrageneracional.

- Ser agente o a factor de cambio social.
- Proponer estrategias de intervención para eliminar o paliar las situaciones de desajustes sociales que encuentran en muchas ocasiones las personas mayores.
- Desarrollar el sentido crítico frente a las diferentes situaciones sociales.

Con todo, el trabajo del educador social con las personas mayores debe consistir, principalmente en intervenir para motivar a este colectivo con el fin de que sea capaz de iniciar sus propios desarrollos socioculturales. Ante este requisito, los educadores de personas mayores deberían contemplar, como núcleo fundamental de su labor, la reflexión crítica para posibilitar una práctica reflexiva con el fin de favorecer una cultura que pueda estar basada en la experiencia y aprendizaje comprensivo de cara a una intervención significativa con este colectivo (Sáez, 1998: 43). Siguiendo este discurso, la práctica educativa con las personas mayores ha de ir en la búsqueda de la reflexión crítica que le facilite la toma de decisiones, con una mayor congruencia y competencia, acerca de sus ideas futuras sobre sus situaciones y problemáticas para poder llegar a consensuar y negociar las posibles soluciones con un compromiso por mejorar sus situaciones sociopersonales y lograr una mayor gratificación y autoestima. En este sentido, el educador se convertirá en el instrumento o medio facilitador de los procesos que tengan lugar.

Es necesario poner de manifiesto que el aprendizaje, los intereses personales, las necesidades, la ocupación del tiempo libre de los mayores, etc., necesi-

tan de una perspectiva que fomente posibilidades de interacción con el medio en el que viven. Por ello, es necesario fomentar la participación social de estas personas (Martín, 1996) para no quedar apartados de esta sociedad constantemente en cambio. Una sociedad tan marcada por el desempleo, el aumento del tiempo libre, la emigración, políticas educativas sometidas al proceso de producción, desarraigo, masificación, incomunicación, etc., reclama instrumentos para la creatividad, comunicación y participación social (Ventosa, 1992: 73). Si la educación debe posibilitar a las personas el análisis, la reflexión, el diálogo conjunto de sus problemáticas y condiciones de vida, la Animación Sociocultural se presenta como el medio que posibilita la interacción entre personas, como puente para que las personas se comuniquen y replanteen su existencia (Escarbajal, 1994). También podríamos decir en ese sentido, que la Animación Sociocultural puede ser un instrumento muy útil para la autoeducación y emancipación comunitaria, ya que a través de ella, las personas y colectivos pueden encontrar el modo de alejarse de toda alienación o marginación.

3. La animación sociocultural como instrumento para la participación social de las personas mayores

Como acabamos de comentar, creemos que la Animación Sociocultural puede ser un instrumento muy útil para la promoción de la participación social del colectivo de personas mayores. Incluso la quinta área del Plan Gerontológico Español (1992-1997), pone de manifiesto como

propósito fundamental lograr que las personas mayores sigan siendo consideradas como ciudadanos capaces de intervenir en la gestión comunitaria, en donde se hace alusión para alcanzar esta meta al instrumento de la Animación Sociocultural. Por ello, sería conveniente destacar la importancia del asociacionismo para promover espacios de encuentro y participación, desarrollar actividades de ocio y tiempo libre y de la atención en general dirigida al colectivo de personas mayores. De igual modo, el hogar, el club, el centro de día, el centro social, la residencia, etc., pueden constituir el espacio básico que facilite a los mayores el camino a la asociación de éstos en la búsqueda y defensa de sus intereses y derechos, ya que son en estos espacios donde tiene lugar el mayor nivel de encuentro y relación entre personas mayores, además de ser el primer estamento de gestión democrática porque son los propios mayores los que constituyen, fundamentalmente, las Juntas Directivas de estos centros. El problema es la certeza de si esto revierte realmente en la comunidad social.

Por ello, consideramos precisa la puesta en práctica de intervenciones bajo la aureola de la Animación Sociocultural. Al igual que nuestra concepción, desde Cantabria, Chato (1998) afirma cómo la cultura es el elemento esencial que debe presidir en la mejora de la calidad de vida de la persona mayor. Así, a través de una adecuada y “destecnologizada” Animación Sociocultural, se llega a disponer de la cultura, la información, la reflexión y la participación convirtiéndose en acciones dirigidas a la transformación social, creando una nueva conciencia del papel

que desempeña la persona mayor en la sociedad. Por ejemplo, en el ámbito comunitario, las personas mayores pueden contribuir (y de hecho ya existen algunos proyectos) a rescatar el folklore, cantatas, giros lingüísticos, artesanía..., intentando conectar la sabiduría y experiencia con las actividades extraescolares de los centros educativos.

Además, mediante la Animación Sociocultural se pueden tratar aspectos importantes con personas mayores como son los de trabajar para el conocimiento de la realidad en todas sus manifestaciones, estimulando, informando, haciendo posible la intercomunicación, el sentido crítico y la propia iniciativa, así como dinamizar a las personas mayores para articular con ellos programas de autodesarrollo, de manera crítica y solidaria.

En definitiva, podríamos decir que la Animación Sociocultural por la que apostamos se apoyaría en tres bases fundamentales, como son la educación en el tiempo libre, la creación cultural y la participación ciudadana. Pero, además consideramos que una de las más adecuadas posibilidades de llevar a cabo y hacer realidad todo este conglomerado de aspiraciones estaría representada por la Animación Sociocultural mediante técnicas cualitativas, ya que desde esta posición se presenta como un ofrecimiento a las personas mayores de la posibilidad de ser ellos mismos los propios protagonistas de su desarrollo, los encargados de reflexionar, analizar y modificar en busca de una mejora de su propio desarrollo social y personal desde su propia realidad y dirigida al núcleo de sus intereses y necesidades. De ahí, que la Animación

Sociocultural deba ir dirigida a la dinamización de clubes, centros de día, orientación educativa del ocio y del tiempo libre así como a la recreación de ambientes de intercomunicación. Además, tendría en cuenta el fomento de voluntariado y potenciación de la participación comunitaria y se dirigiría, además, a recuperar los ejes vitales de la relación con uno mismo y con los demás.

Pero ¿qué suele ocurrir en la realidad? Pues que generalmente se carece de una intervención en este sentido. La formación y cualificación profesional en torno a los mayores ha estado, durante mucho tiempo, cerrando las puertas a este tipo de pensamiento.

Los diferentes masters en gerontología que se imparten en nuestras universidades españolas no afrontan directamente este campo trabajo. El de la Universidad de Salamanca (1988) se centra en disciplinas referentes a medicina, administración, turismo, preparación para la jubilación, etc. El master de la Universidad de Granada (1994) pretende fundamentalmente preparar al profesional con los contenidos teórico-prácticos conforme al conocimiento científico actual sobre las personas mayores y dotarlos en el conocimiento de gestión y evaluación de programas geriátricos. La Universidad Autónoma de Madrid ofrece un master centrado en el estudio de las diferentes técnicas de investigación sobre la vejez con el fin de buscar profesionales y medios adecuados para lograr una adecuada atención a las personas mayores (1998: 84-87). Pues bien, el aspecto notable que los caracterizan es, fundamentalmente, el de la instrucción tradicional, dejando un poco al margen la práctica real así como el tratamiento par-

cial o inexistente de la Animación Sociocultural como instrumento esencial en la intervención socioeducativa con las personas mayores.

Y es que como venimos reiterando, se ha estado obviando el papel fundamental del educador de personas mayores para dar respuestas a las nuevas necesidades y características de este colectivo social. Aun así, paralelamente, desde hace varios años se está demandando la necesidad de este profesional desde la Educación Social. Prueba de ello, han sido los primeros cursos de especialistas universitarios en Gerontología: Intervención socioeducativa con personas mayores (2000) en España, organizados por las Universidades de Murcia y Granada, como el origen de la fuerza de la figura de este profesional como mediador y dinamizador de las posibilidades culturales, socioeducativas y de participación en el colectivo de personas mayores. En ellos se encuentran respuestas por parte de los profesionales a lagunas formativas incluida la de una Animación Sociocultural desde una perspectiva crítica.

Así, el papel que el educador social que trabaje con personas mayores deberá saber que le compete está relacionado con la tarea de elaborar programas de actuación que permitan a aquellos una participación en la mejora de sus condiciones personales y sociales, así como crear espacios de comunicación; al mismo tiempo que dinamiza, desarrolla y potencia la capacidad crítica y la autonomía de las personas mayores (Escarbajal, 1993).

En síntesis, las funciones de los animadores sociales que trabajen con las personas mayores se podrían concretar en (Martínez de Miguel, 1998):

- Analizar y estudiar el contexto mediante estrategias cualitativas.
- Planificar proyectos y programas conjuntamente con otros agentes sociales y la participación de los propios mayores.
- Utilizar cualquier recurso formativo, institucional o no, en la realización de los proyectos y programas.
- Evaluar y Autoevaluarse.

En definitiva, la intención de este artículo es demandar la nueva realidad que constituye el colectivo de personas mayores que necesita de un mayor reconocimiento social y requiere de medidas que posibiliten el seguir creciendo personal y socialmente, con el fin de constituir un componente más, y activo, de la sociedad en la que viven.

Con ello, hemos creído conveniente explicitar cuál es la posibilidad, que bajo nuestro punto de vista, puede favorecer el logro de esta realidad, apostando por el instrumento de la Animación Sociocultural fundamentada por los paradigmas hermenéutico y sociocrítico. No sabemos si es la solución, pero sí un buen modo de empezar a tener en cuenta a los protagonistas en el devenir de sus propios desarrollos educativo-culturales y sociales.

Bibliografía

- BRUNHILDE, A. (1996). "Older women student: their life at University". *Education and Ageing*, vol.11, nº2, October.
- ESCARBAJAL, A. (1993): "Animación Sociocultural y Servicios Sociales, dos trabajos diferentes para un mismo objetivo". *Revista de Pedagogía Social*, nº 8.
- ESCARBAJAL, A. (1994): "Alternativas socioeducativas para adultos marginados". *Revista de Pedagogía Social*, nº.9.
- ESCARBAJAL, A. (1994): "Los otros adultos, la "marea grisí", en SAEZ, J. (Coord.). *La educación de adultos: ¿una nueva profesión*. Valencia: Nau llibres.
- GARCÍA, A. y ESCARBAJAL, A. (1998): "Hacia un cambio en la percepción sociocultural de la vejez" en, A.A.V.V., *Nuevos Espacios de la Educación Social*. Bilbao: ICE de la Universidad de Deusto.
- GARCÍA, J. y SÁNCHEZ, A. (1998): *Un modelo de educación en los mayores: la interactividad*. Madrid: DYKINSON.
- GARCÍA ROCA, J. (1987): "Metodología de la intervención social". *Documentación social*, nº69.
- IMSERO (1996): *Voluntariado y Personas Mayores: una experiencia de Investigación- Acción Participativa*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- MALAGON, J.L.(1995): "La intervención del educador social en los servicios comunitarios en relación con la tercera edad". *Revista de Pedagogía Social*, nº. 12.
- MARCH, M. y ORTE, C. (1995): "Una propuesta de intervención socioeducativa de carácter territorial para la tercera edad", *Revista de Pedagogía Social*, nº. 12.
- MARTIN, A.V.(1995): "Objeto y ámbitos de investigación en Gerontología Educativa". *Revista de Pedagogía Social*, nº. 12.
- MARTINEZ DE MIGUEL, S. (1998): "Las políticas sociales europeas dirigidas a las personas mayores", en GARCIA, J. y SANCHEZ, A. (Coord.) *Políticas Sociales y Educación Social*,. Granada: Grupo Editorial Universitario.
- PETRUS, A.(1993): "Educación Social y perfil del educador social", en SAEZ, J., *El Educador Social*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad.

- RODRÍGUEZ, G. (1997): *Participación social de las personas mayores*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- SAEZ, J. (1997): *Tercera Edad y Animación Sociocultural*. Madrid: Dykinson.
- VENTOSA, V. y otros, (1992): *La animación en centros escolares*. Madrid: C.C.S.
- VICHE, M. (1986): *Animación Sociocultural y educación en el tiempo libre*. Valencia : Victor Orenge.